

CAPITULO XX.

1. De las conquistas de Justiniano. 2. De su gobierno.

Como todos los pueblos entraban revueltos en el imperio, se incomodaban reciprocamente, y toda la política de aquellos tiempos consistía en armarlos unos contra otros; lo que era fácil á causa de su ferocidad y codicia. Se destruyéron entre sí los mas de ellos ántes de haber podido establecerse; y esto fué causa de que el imperio de Oriente subsistiese todavía algún tiempo.

Por otra parte, se agotó el norte mismo, y no se viéron salir ya de él aquellos innumerables ejércitos que se presentáron en los principios; en efecto despues de las primeras invasiones de los Godos y Hunos, especialmente despues de muerto Atila, estos y los pueblos que los siguiéron, atacáron con ménos fuerza.

Cuando estas naciones, que se habian reunido en cuerpo de ejército, se hubiéron dispersado en pueblos, se debilitáron mucho; y esparcidas en los diversos parages de sus conquistas, quedáron espuestas ellas mismas á las invasiones. En estas circunstancias emprendió Justiniano reconquistar la Africa é Italia, é hizo lo que los Franceses ejecutáron tan felizmente

contra los Visogodos, Burguiñones, Lombardos, y Sarracenos.

Cuando se introdujo la religion cristiana entre los bárbaros, la secta arriana era, en algun modo, dominante en el imperio. Valens les envió sacerdotes arrianos, que fuéron sus primeros apóstoles. Pero, en el intervalo que hubo entre su conversion y su establecimiento, se destruyó en algun modo esta secta entre los Romanos; habiendo hallado los bárbaros arrianos todo el pais ortodoxo, no pudieron ganar nunca su afecto; y fué fácil á los emperadores turbarlos.

Por otra parte estos bárbaros, cuya arte é ingenio no eran atacar las ciudades y todavía ménos defenderlas, dejáron arruinarse sus murallas. Procopio nos dice que Belisario halló las de Italia en este estado. Genserico habia desmantelado las de Africa (1), como Witiza (2) lo hizo con las de España en lo sucesivo, con la mira de asegurarse de sus habitantes.

Establecidos los mas de estos pueblos septentrionales en países del mediodia, contrajéron desde el principio su molicie, y se volviéron incapaces de las fatigas de la guerra (3). Los Vándalos vivian engolfados en el deleite; una mesa deli-

(1) Procopio, *Guerra de los Vándalos*, lib. I.

(2) Mariana, *Historia de España*, l. VI, cap. 19.

(3) Procopio, *Guerra de los Vándalos*, l. II.

cada, vestidos afeminados, baños, música, y teatros se les habian hecho necesarios.

No daban ya inquietud á los Romanos (1), dice Malco (2), desde que habian cesado de mantener los ejércitos que Genserico tenia prontos siempre, con los que él se adelantaba á sus enemigos, y asombraba á todos por la facilidad de sus empresas.

La caballería de los Romanos estaba muy ejercitada en tirar el arco; pero la de los Godos y Vándalos no se servia mas que de la lanza, y no podia pelear de léjos (3): á cuya diferencia atribuia Belisario una parte de sus triunfos.

Los Romanos, especialmente en tiempo de Justiniano, sacaron grandes servicios de los Hunos, pueblos de que eran oriundos los Partos, y que peleaban como ellos. Desde que hubieron perdido su poder con la derrota de Atila y las divisiones que el sinnúmero de hijos suyos engendró, sirviéron en clase de auxiliares á los Romanos, y formáron su mejor caballería.

Cada una de estas naciones bárbaras se distinguia por su modo particular de pelear y armarse (4). Los Godos y Vándalos eran formida-

(1) Del tiempo de Honorio.

(2) *Historia bizantina*, en el extracto de las embajadas.

(3) Véase Procopio, *Guerra de los Vándalos*, l. 1, y el mismo autor, *Guerra de los Godos*, l. 1. Los archeros godos iban á pie; eran poco instruidos.

(4) Un pasage notable de Jornandes nos da todas estas di-

bles con la espada en mano, los Hunos eran admirables archeros, los Suevos buenos soldados de infantería, los Alanos iban pesadamente armados, y los Hérulos eran una tropa ligera. Los Romanos tomaban, en todas estas naciones, los diversos cuerpos de tropas que convenian á sus designios, peleaban contra una sola con la superioridad de todas las otras.

Es cosa singular que las naciones débiles hayan sido las que hicieron mayores establecimientos. Nos engañariamos mucho, si juzgáramos de sus fuerzas por sus conquistas. En aquella larga serie de incursiones, los pueblos bárbaros, ó mas bien los enjambres salidos de ellos, destruian ó eran destruidos; todo dependia de las circunstancias; y mientras que una grande nacion se veia combatida ó detenida, una banda de aventureros, que hallaban un país abierto, hacia horrendos estragos en él. Los Godos, á quienes la inferioridad de sus armas hizo huir delante de tantas naciones, se establecieron en Italia, Galia, y España; dejando los Vándalos por debilidad la España, pasáron á Africa, en donde fundáron un grande imperio. Justiniano no pudo tripular contra los Vándalos mas que cincuenta naves; y cuando desembarcó, no tenia mas

ferencias; es con motivo de la batalla que los Gépidos diéron á los hijos de Atila.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY

que cinco mil soldados (1). Era una empresa bien atrevida; y Leon, que habia enviado otras veces contra ellos una flota compuesta de todas las naves del oriente, en la que habia cien mil hombres, no habia conquistado la Africa, y habia estado á pique de perder el imperio.

Estas grandes flotas, como ni tampoco los grandes ejércitos de tierra, no salieron casi nunca bien. Como ellas agotan un estado, si la expedicion es larga, ó le acaece alguna desgracia, no pueden recibir socorros ni repararse; si una parte se pierde, lo que queda no es nada, porque los navios de guerra, los de transporte, la caballería, la infantería, las municiones, finalmente las diversas partes dependen del conjunto total. La lentitud de la empresa es causa de que se hallen siempre enemigos ya preparados, fuera de que es raro que la expedicion se haga jamas en una estacion cómoda, se cae en el tiempo de las horrascas, no estando dispuestas casi nunca tantas cosas mas que algunos meses mas tarde que lo que se habia esperado.

Belisario invadió la Africa; y lo que le sirvió mucho es que sacó de la Sicilia una gran cantidad de provisiones en consecuencia de un tratado hecho con Amalasonta, reina de los Godos. Cuando fué enviado á atacar la Italia, viendo

(1) Procopio, *Guerra de los Godos*.

que los Godos sacaban su subsistencia de la Sicilia, empezó conquistándola; redujo al hambre á sus enemigos, y se halló en la abundancia de todo.

Belisario tomó Cartago, Roma, y Ravena, y envió cautivos los reyes de los Godos y Vándalos á Constantinopla, en donde se vieron despues de tantos tiempos renovados los antiguos triunfos (1).

Podemos hallar en las prendas de este hombre insigne (2) las principales causas de sus triunfos. Con un general que seguía las máximas de los primeros Romanos, se formó un ejército semejante á los antiguos ejércitos romanos.

Las virtudes eminentes se ocultan ó pierden comunmente en la servidumbre; pero el gobierno tiránico de Justiniano no pudo oprimir la grandeza de esta alma ni la superioridad de este ingenio.

El eunuco Nárses se acordó ademas á este reinado para hacerle ilustre. Educado en el palacio, tenia mas la confianza del emperador, porque los príncipes miran siempre á sus palacios como á sus mas leales vasallos.

Pero la mala conducta de Justiniano, sus profusiones, vejaciones, rapiñas, furor de edificar,

(1) Justiniano no le concedió mas que el triunfo de la Africa.

(2) Véase Suidas, en el artículo *Belisario*.

mudar y reformar, su inconstancia en los designios, un reinado duro y débil, hecho mas incómodo con una larga vejez, fuéron calamidades reales mezcladas con triunfos inútiles ó una gloria vana.

Aquellas conquistas, que tenían por causa, no la fuerza del imperio, sino ciertas circunstancias particulares, lo perdiéron todo; mientras que se ocupaban en esto los ejércitos, nuevos pueblos pasáron el Danubio, asoláron la Iliria, Macedonia, y Grecia; y los Persas hicieron en cuatro invasiones incurables llagas al oriente (1).

Cuanto mas rápidas fuéron estas conquistas, tanto ménos sólido establecimiento tuviéron ellas; y apenas se hubo conquistado la Italia y Africa, cuando fué necesario reconquistarlás.

Justiniano habia tomado en el teatro á una muger que se habia prostituido en él por mucho tiempo (2); le gobernó ella con un imperio que carece de ejemplar en las historias; y usando incesantemente en los negocios de las pasiones y antojos de su sexo, corrompió las victorias y mas felices triunfos.

En el oriente se multiplicó en todos tiempos el uso de las mugeres, para quitarles el prodi-

(1) Ambos imperios se asoláron tanto mas, cuanto ménos esperauza tenían de conservar lo conquistado.

(2) La emperatriz Teodora.

gioso ascendiente que tienen sobre nosotros en aquellos climas; pero en Constantinopla dió la ley á este sexo el imperio; lo cual hizo débil á veces al gobierno.

El pueblo de Constantinopla estaba dividido siempre en dos facciones, la de los *azules*, y la de los *verdes*; ámbas traian su origen del afecto que se toma en el teatro á ciertos cómicos mas bien que á otros. En los juegos del circo, los carros cuyos cocheros estaban vestidos de verde disputaban el premio á los que estaban vestidos de azul; y todos tomaban interes en ello hasta el furor.

Esparcidas estas dos facciones en todas las ciudades del imperio, eran mas ó ménos furiosas á proporcion de lo populoso de las ciudades, es decir, de la ociosidad de una gran parte del pueblo.

Pero las divisiones, siempre necesarias en un gobierno republicano para conservarle, no podian ménos de ser fatales para el de los emperadores, porque ellas no producian mas que la mudanza del soberano, y no el restablecimiento de las leyes, y cesacion de los abusos.

Justiniano, que favoreció á los *azules*, y negó toda justicia á los *verdes* (1), exasperó ámbas facciones, y las fortificó por consiguiente.

(1) Esta enfermedad era antigua. Suetonio dice que Caligula

Ellas llegaron hasta debilitar la autoridad de los magistrados. Los *azules* no temieron las leyes á causa de que el emperador los protegía contra ellas; y los *verdes* cesaron de respetarlas, á causa de que ellas no podían defenderlos ya (1).

Todos los vínculos de amistad, parentesco, obligacion, y gratitud, quedaron disueltos; las familias se destruyéron entre sí; y cuanto malvado quiso cometer un crimen, fué de la faccion de los *azules*: y cuanto hombre fué robado ó asesinado, perteneció á la de los *verdes*.

Un gobierno tan poco sensato era todavía mas cruel: no contento el emperador con hacer á sus vasallos una injusticia general abrumándolos con excesivos tributos, los desconsolaba con todas las especies de tiranías en sus negocios privados.

No me hallaria yo naturalmente inclinado á creer cuanto Procopio nos dice sobre esto en su historia secreta, porque los elogios magníficos que él hizo de este príncipe en las demas obras suyas debilitan su testimonio en esta, en que nos le pinta como el mas estúpido y cruel de los tiranos.

gula, adicto á la faccion de los *Verdes*, aborrecia al pueblo á causa de que aplaudia á la otra.

(1) Para formar una idea de aquellos tiempos, es necesario ver Teofanes que refiere una larga conversacion que hubo en el teatro entre el emperador y los *Verdes*.

Pero confieso que dos cosas hacen que yo me declare por la secreta: la primera es que ella está mejor enlazada con la asombrosa debilidad en que aquel imperio se halló al fin de este reinado, y en los siguientes.

La otra es un monumento que todavía existe entre nosotros; son las leyes de este emperador, en que se ve variar la jurisprudencia en el curso de algunos años mas que ella varió en los trescientos últimos años de nuestra monarquía.

Las mas de estas variaciones son sobre cosas de tan poca importancia (1), que no vemos ninguna razon que hubiera debido mover á un legislador á hacerlas, á no ser que se explique esto con la historia secreta, y que se diga que este príncipe vendia sus juicios y leyes juntamente.

Pero lo que causó mayor perjuicio al estado político del gobierno, fué el proyecto que él concibió de reducir á todos los hombres á una misma opinion sobre las materias de religion en unas circunstancias que hacían totalmente indiscreto su celo.

Como los antiguos Romanos fortificaron su imperio dejando en él toda especie de culto, le redujéron á nada en lo sucesivo, cortando unas tras otras las sectas que no dominaban.

Estas sectas eran naciones enteras. Las unas, despues de haber sido conquistadas por los Ro-

(1) Véase las Novelas de Justiniano.

manos, habian conservado su antigua religion, como los Samaritanos y Judíos: las otras se habian esparcido en un pais, como los sectarios de Montano en la Frigia, los maniqueos, saba- tianos, arrianos, en otras provincias; fuera de que una parte de las gentes del campo era todavia idólatra y encaprichada con una religion grosera como ellos mismos.

Justiniano, que destruyó estas sectas con la espada, con sus leyes, y que obligándolas á sublevarse, se obligó á estirparlas, hizo incultas muchas provincias. Creyó haber aumentado el número de los fieles; y no habia hecho mas que disminuir el de los hombres.

Procopio nos dice que la Palestina se volvió desierta con la destruccion de los Samaritanos; y lo que hace singular este hecho, es que por el zelo de la religion se debilitó el imperio hácia aquella parte, por la que, algunos reinados despues, penetraron los Arabes para destruirla.

Lo que habia de desesperante, es que mientras que el emperador llegaba tan adelante en la intolerancia, no concordaba él mismo con la emperatriz sobre los puntos mas esenciales; pues el emperador seguia el concilio de Calcedonia, y la emperatriz favorecia á los que le eran opuestos, sea que estuviesen de buena fe, dice Evagro, sea que lo hiciesen de intento (1).

(1) Lib. IV, cap. 10.

Cuando leemos á Procopio sobre los edificios de Justiniano, y vemos las plazas y fuertes que este emperador mandó construir en todas partes, nos ocurre siempre en el ánimo una idea, pero bien falsa, de un estado floreciente.

Los Romanos no tenian plazas en el principio; ponian toda su confianza en los ejércitos que colocaban á lo largo de los rios, en donde colocaban torres de distancia en distancia para alojar á los soldados.

Pero cuando no se tuvo ya mas que malos ejércitos, y que aun con frecuencia se careció de ellos enteramente, no defendiendo la frontera lo interior, fué necesario fortificarle; y entónces se estuvieron mas plazas, y ménos fuertes, mas refugios y ménos seguridad (1). No siendo habitable el campo mas que alrededor de las plazas fuertes, las edificaron por todas partes. Sucedia como con la Francia en tiempo de los Normandos (2), que no fué jamas tan déhil

(1) Augusto habia establecido nuevas fronteras ó marcas, cuyo número se aumentó por los emperadores siguientes. Los bárbaros se mostraban en donde no habian aparecido todavia. Y Dion, lib. LV, refiere que en su tiempo, bajo el imperio de Alejandro, habia trece fronteras. Se ve por la noticia del imperio, escrita despues de Arcadio y Honorio, que solo en el imperio de Oriente habia quince. Su número se aumentó siempre. La Pamfilia, Licaonia, Pisidia, se hicieron marcas, y todo el imperio estuvo cubierto de fortificaciones. Aureliano se habia visto obligado á fortificar Roma.

(2) Y de los Ingleses,

como cuando todas sus aldeas estaban rodeadas de muros.

Así, todas aquellas listas de nombres de las fortalezas que Justiniano mandó construir, de que Procopio cubre páginas enteras, no son mas que monumentos de la debilidad del imperio.

CAPITULO XXI.

Desórdenes del imperio de Oriente.

En aquellos tiempos los Persas se hallaban en una situación mas dichosa que los Romanos; temian poco á los pueblos del norte (1), porque una parte del monte Tauro entre el mar Caspio y Ponto Euxino los separaba de ellos, y que guardaban un paso estrechísimo; cerrado con una puerta (2), único parage por donde la caballería podia pasar; en cualquiera otra parte estaban obligados estos bárbaros á bajar por precipicios, y á dejar sus caballos que formaban toda su fuerza; pero los detenía todavía el Araxis, profundo rio que corre del oeste al este y cuyos pasos se defendian fácilmente (3).

(1) Los Hunos.

(2) Las puertas Caspias.

(3) Procopio, *Guerra de los Persas*.

Ademas, los Persas estaban sosegados por la parte del oriente; y confinaban con el mar al mediodía. Les era fácil mantener la division entre los príncipes árabes, que no pensaban mas que en pillarse los unos á los otros. No tenían pues propiamente mas enemigos que á los Romanos. «Sabemos, decia un embajador de Hormisdas (1), que los Romanos están ocupados en muchas guerras, y tienen que pelear contra casi todas las naciones; y saben por su parte que no tenemos mas guerra que contra ellos.»

Cuanto mas abandonado tenían los Romanos el arte militar, tanto mas le cultivaban los Persas. Belisario decia á sus soldados: «Los Persas no os sobrepujan en valor, sino que os llevan la superioridad de la disciplina.»

Tomáron en las negociaciones la misma superioridad que en la guerra. Con pretesto de que tenían una guarnicion en las puertas Caspias, pedían un tributo á los Romanos; como si cada pueblo no tuviera sus fronteras que guardar: se hacían pagar por la paz, por las treguas, por la suspension de armas, por el tiempo que se empleaba en negociar, y por el que se había pasado en hacer la guerra.

Habiendo atravesado los Avaros el Danubio, los Romanos, que las mas de las veces no tenían

(1) Embajadas de Menandro.

tropas que oponerles , ocupados contra los Persas cuando hubiera sido menester pelear contra lo Avaros, y contra los Avaros cuando hubiera sido menester contener á los Persas, se viéron obligados de nuevo á un tributo; y la magestad del imperio quedó deshonrada entre todas las naciones.

Justino, Tiberio y Mauricio, se desvelaron en la defensa del imperio. Este último poseia virtudes, pero las manchaba una avaricia casi incomprendible en un gran principe.

El rey de los Avaros ofreció á Mauricio restituirle los prisioneros que le tenia hechos, mediante una media pieza de plata por persona; y á continuacion de su negativa, mandó degollarlos. Indignado el ejército romano, se amotinó; y habiéndose sublevado los verdes al mismo tiempo, un centurion, llamado Pocas, fué elevado al imperio, y mandó matar á Mauricio é hijos suyos.

La historia del imperio griego, así llamaremos en adelante el imperio romano, no es ya mas que una serie de rebeliones, sediciones y perfidias. Los vasallos no tenian ni aun idea siquiera de la fidelidad que es debida á los principes; y se interrumpió tanto la sucesion de los emperadores, que el título de *porfirogenete*, es decir, nacido en la habitacion en que las emperatrices parian, fué un título distintivo que pocos

principes de las diversas familias imperiales pudieron llevar.

Fuéron buenas todas las vias para llegar al imperio, al cual condujéron los soldados, el clero, el senado, los aldeanos, el pueblo de Constantinopla, y el de las otras ciudades.

Habiéndose hecho dominante en el imperio la religion cristiana, se suscitaron sucesivamente muchas heregias, que fué necesario condenar. Habiendo negado Arrio la divinidad del Verbo, los Macedonios la del Espiritu Santo, Nestorio la unidad de la persona de Jesucristo, Eutiques sus dos naturalezas, los Monotelitas sus dos voluntades, fué necesario juntar concilios contra ellos; pero no habiéndose recibido al principio universalmente sus decisiones, muchos emperadores seducidos volviéron á los errores condenados. Y como no hubo nunca nacion ninguna que profesase un odio tan violento á los hereges como los Griegos que se creian manchados cuando hablaban á un herege ó habitaban con él, acaeció que muchos emperadores perdiéron el afecto de sus pueblos; y estos se acostumbraron á pensar que unos principes rebeldes á Dios con harta frecuencia, no habian podido elegirse por la providencia para gobernarlos.

Una cierta opinion, tomada de aquella idea que no convenia derramar la sangre de los cristianos, la que se estableció mas y mas luego

que hubieron parecido los mahometanos, fué causa de que se castigasen débilmente los crímenes que no interesaban á la religion directamente; se contentaron con sacar los ojos, cortar las narices ó pelo, ó mutilar de algun modo á los que habian movido alguna rebelion, ó atentado contra la persona del príncipe (1): unas acciones semejantes pudieron cometerse sin peligro, y aun sin valor.

Un cierto respeto para con los adornos imperiales fué causa de que se tendiera desde luego la vista sobre los que osaron revestirse con ellos. El llevar ó tener uno en su casa telas de púrpura, era un delito; pero luego que un hombre se vestia con ellas, iban siguiéndole al principio, porque el respeto estaba mas anejo al vestido que á la persona.

Se irritaba ademas la ambicion con la estrañamania de aquellos tiempos, por no haber casi hombre visible ninguno, que no tuviera en su poder un vaticinio que le prometia el imperio.

Como apenas se curan las enfermedades del ánimo (2), la astrologia judiciaria y el arte de pronosticar por los objetos vistos en el agua de un estanque habian sucedido entre los cristianos

(1) Zenon contribuyó mucho á establecer esta relajacion. Véase Malco, *Historia bizantina*, en el extracto de las cubajadas.

(2) Véase Nicetas, *Vida de Andrónico Comneno*.

á las divinaciones por las entrañas de las víctimas ó vuelo de las aves, suprimidas con el paganismo. Varias promesas vanas fueron el motivo de las mas de las temerarias empresas de los particulares, como ellas se volvieron la sabiduria del consejo de los príncipes.

Creciendo diariamente las calamidades del imperio, estuvo uno inclinado naturalmente á atribuir los reveses de la guerra y tratados ignominiosos de la paz á la mala conducta de los que gobernaban.

Las revoluciones mismas formaron las revoluciones, y el efecto mismo pasó á ser causa. Como los Griegos habian visto pasar en el trono á tantas familias diversas, no tenian apego á ninguna; y habiendo tomado la fortuna emperadores en todas las condiciones, no habia nacimiento bastante bajo, ni mérito tan pequeño que pudiesen quitar la esperanza.

Muchos ejemplos recibidos en la nacion formaron su espíritu general, é hicieron las costumbres que reinan tan imperiosamente como las leyes.

Parece que las grandes empresas son mas dificultosas de dirigir entre nosotros que entre los antiguos. No podemos ocultarlas, porque la comunicacion es tal hoy dia entre las naciones, que cada príncipe tiene ministros en las cortes, y puede tener traidores en todos los gabinetes.

La invencion de los correos es causa de que las noticias vuelan y llegan por todas partes.

Como las grandes empresas no pueden hacerse sin dinero, y que desde la invencion de las letras de cambio, los negociantes son los dueños de él, sus negocios están ligados muy á menudo con los negocios del estado; y ellos no perdonan nada para penetrarlos.

Algunas variaciones en el cambio sin una causa conocida, hacen que muchas gentes la indaguen, y la hallen por último.

La invencion de la imprenta, que puso los libros en manos de todos, la del grabado que hizo los mapas tan comunes, finalmente el establecimiento de los papeles políticos, dan á conocer bastante á cada uno los intereses generales para poderse instruir fácilmente sobre los hechos secretos.

Las conspiraciones en el estado se hicieron dificultosas, á causa de que, desde la creacion de los correos, todos los secretos particulares están en poder del público.

Los principes pueden obrar con prontitud, porque tienen en sus manos las fuerzas del estado: los conspiradores están obligados á obrar lentamente, porque les falta todo; pero ahora que todo se aclara con mas facilidad y prontitud, por poco tiempo que estos malogren en ajustarse, están descubiertos.

CAPITULO XXII.

Debilidad del imperio de Oriente.

Focas estando mal afirmado, en la confusion de las cosas, llegó Heraclio de Africa, y le hizo morir: halló las provincias invadidas y las legiones destruidas.

Apénas habia puesto algun remedio en estos males, cuando los Arabes saliéron de su país para estender la religion y el imperio que Mahoma habia fundado con una misma mano.

Nunca se viéron tan rápidos progresos: conquistáron desde luego la Siria, Palestina, Egipto, Africa, é invadiéron la Persia.

Dios permitió que su religion cesase de ser dominante en tantos lugares, no porque la hubiera abandonado, sino porque esté ella en la gloria ó humillacion exterior, es siempre igualmente propia para producir su efecto natural, el de santificar.

La prosperidad de la religion es diferente de la de los imperios. Un autor célebre decia que se alegraba de estar enfermo, porque la enfermedad es el verdadero estado del cristiano. Podria decirse tambien que las humillaciones de la iglesia, su dispersion, la destruccion de sus templos, y los tormentos de sus mártires son el